Cartas Íntimas

A mi nieto, desde Copacabana

Es mediodía y acabo de llegar a Copacabana (Bolivia). Estaré aquí un par de horas y luego retornaré a Puno, donde estoy hospedado en el hotel "Pacífico" (al frente del hospital principal). Después de unas tres horas de recorrido, por la carretera internacional que va a la Paz, llegué a Yunguyo (que está una media hora antes de llegar a Desaguadero). Allí me bajé para dirigirme a la frontera, que está en los linderos del mismo pueblo. Hasta hoy el pasaje me costó S/. 5.50. Copacabana está en la parte occidental del lago Titicaca. Es un pedazo de tierra que pertenece a Bolivia, cuando podría estar del lado peruano (mira el mapa). Es un lugar turístico, una pequeña ciudad más chiquita que Chosica; tiene una bonita vista al lago, mejor aún desde un cerro contiguo; parece un balneario interandino, porque está a una altura de unos 300 metros de la orilla, entre las lomas típicas de este altiplano.

En Copacabana la fiesta principal es en agosto, y está dedicada a la virgen del mismo nombre. Aquí hablan aymara; claro, aparte del castellano, que lo pronuncian casi con los dientes apretados, poniendo acento en la "r" seseada (r+s juntos), lo que me parece característico de todo el sur peruano.

La música que tocan ahorita en las tiendas cercanas es variada, parecida a la de cualquier ciudad del sur andino. Hay mucha influencia de tonadas altiplánicas, pero también se oye un pasillo de Rosendo Rosero en una radio del lugar. La vestimenta típica de los lugareños se parece a la que usan los de Puno; naturalmente hay diferencias que resaltar.

En realidad, toda esta región (boliviana-peruana) no diverge mucho, tanto es así que hay letreros en distintos puntos de la carretera pidiendo ser una región autónoma. Tú sabes que no hay un departamento en el Perú que tenga autonomía, como los estados de México, por ejemplo. Pero aquí reclaman autonomía por muchas cosas, entre ellas el habla común (aymara), las costumbres muy parecidas, y lo apartado que están de la capital, hecho que los margina de los beneficios que da el gobierno central del país. No sería nada raro que dentro de unas décadas, Puno y la Paz conformen una sola región autónoma, no sé si perteneciente al Perú.

Te cuento que aquí en Copacabana, el clima es frío, uno 15º de día (ah, se consume bastante helados, porque el sol "quema") y baja a 0º en la noche, con lo que uno está obligado a estar bastante abrigado. Alguna otra vez tendrás oportunidad de venir aquí, para que conozcas un pedacito de otro país, y comparándolo con lo nuestro verás por ti mismo que nuestro Perú es casi igual que Bolivia, pero más variado y bonito.

Ya me despido. Espero que le estés dando más tiempo a tus estudios que a ver programas de la televisión que no educan aunque te distraen un poquito. Debes aprender a usar tu tiempo. A toda edad nuestro tiempo es muy importante; desperdiciarlo es muy malo.

Te completaré mis impresiones de este día. La playa de Copacabana es el mejor atractivo turístico de la ciudad. Es una pequeña ensenada (una entrada en curva del lago), espacio adaptado con arena traída de otro lugar, aprovechando la elevación casi continua que hay a partir de la orilla; es decir, no existe un espacio plano que haga inundable y lodosa la orilla, como en la mayor parte del contorno del Titicaca. Esta playa está a unos 500 metros del centro de la ciudad.

En el lago, llegué a contar unas cien embarcaciones medianas motorizadas con capacidad de llevar hasta ocho pasajeros, quizás un poco más pequeñas que aquellas que nos llevaron a la isla de los Uros, en Puno; además hay como un centenar y medio de botecitos a remo o pedal, parecidos a los del Country Club El Bosque, en Chosica, que están cubiertos con un toldo para evitar los rayos del sol. La gente se divierte navegando en estas embarcaciones. Nadie se baña, algunos caminan descalzos en la orilla. Es todo un espectáculo ver el ir y venir de estas embarcaciones teniendo como fondo panorámico un lago azul verdoso y, al horizonte, a unas 20 millas más allá (¿cuántos kilómetros habría en línea recta?), una continuidad de ondulantes montañas poco elevadas, que por su lejanía se muestran de un color gris oscuro, pero que están resaltadas, como en un hermoso cuadro, por un cielo azul oscuro que se vuelve celeste pálido al caer la tarde. Hoy no he visto nube alguna; el cielo estuvo despejado.

En el balneario hay hoteles de buena calidad (baño, televisor, agua caliente, piso de parquet) que cuestan el equivalente a quince soles; son más baratos que los hoteles de igual calidad en Puno (S/. 30). También hay kioscos que expenden comida. En uno de ellos degusté una trucha a la parrilla, muy agradable; me atendió una joven paceña (de La Paz), universitaria que trabaja allí los fines de semana para costear sus estudios. Dijo llamarse Wara ("estrella" en aymara) y se sorprendió cuando le dije que yo entendía su nombre como "pantaloneta" (en quechua), ya que estrella, también en quechua, es chaska. Ella me contó que la crianza de chanchos en la localidad disminuyó, aumentando más bien la crianza de truchas en el lago. En efecto, vi una especie de corralillos acuáticos, de veinte a treinta, a unos 200 metros de la orilla, en los alrededores de Copacabana. Parece que la población lugareña se dedica a la pesca con fines de consumo turístico, aparte del comercio de artesanías y otros artículos que se venden como en todo lugar visitado por turistas.

En la plaza principal hay un monumento erigido en homenaje a los héroes de la localidad, jóvenes que murieron en una guerra cuyas causas seguramente muchos ni entendieron; una inscripción alegórica en el monumento dice que ofrendaron su vida en "La guerra del Chaco" (1933-1935). Pregunté a unos jóvenes estudiantes del lugar sobre esa guerra y ninguno me dio una respuesta clara. Pasa igual en nuestro país; tenemos monumentos erigidos a personajes que casi nadie reconoce. (Por eso, cuando vayas a cualquier lugar, procura verlo todo, leerlo todo, y averiguar todo lo que puedas).

En una de los lados de la plaza está la iglesia, que ocupa un gran espacio y está dedicada a la Virgen de Copacabana. Me impresionó su atrio, que es bastante grande: seis veces más grande que el de la catedral de Lima y dos veces más grande que el de la de Trujillo. (¿No conoces aún Trujillo? Espera conocerlo, luego vendrás aquí y entonces

compararás; por eso debes verlo todo y medirlo con los conocimientos de la matemática y geometría que te están enseñando). El altar principal es bastante alto y tiene un tallado de un estilo parecido al de Chincheros (Cusco), pero menos majestuoso. Al centro está la Virgen, parada sobre una media luna de plata, que es su distintivo. La estatua venerada no tiene más de un metro de alto. El sacristán (la persona que lo cuida) me explicó que en acontecimientos especiales (matrimonios, misa de salud, misa fúnebre en cuerpo presente, es decir, para la gente pudiente), a la Virgen le dan vuelta sobre un eje y ella aparece en otro ambiente, su capilla particular, que está en un segundo piso pero detrás de la iglesia. También subí a ver esa capilla, es muy bonita.

A la salida de la iglesia, en el atrio y fuera de ella, hay gente muy pobre que vende velas, agua bendita y adornos “milagrosos” para los creyentes. También hay mendigos. La presencia de gente de toda condición social, aquí como en el Perú, contrasta con la cantidad de turistas extranjeros, norteamericanos y europeos en gran parte. Me cuentan que la afluencia mayor comienza en noviembre y dura hasta agosto. Los peruanos vienen poco por acá, salvo durante las fiestas de la Virgen de Copacabana (agosto).

Dos muchachas turistas de Suiza (país del norte europeo) hicieron amistad conmigo, por su buen castellano, y al conversar sobre varias cosas de nuestro país y el de ellas, se sorprendieron cuando les dije que, en el Perú, nos educábamos con lo que al año destinaba nuestro Estado a los niños como tú o a los jóvenes como mis alumnos de La Cantuta: 300 dólares para un alumno de primaria, 500 para el de secundaria y 800 para un alumno universitario. Con una mirada amical, ellas me dijeron que en su país su Estado gastaba en cada estudiante un poco más de 3,500 dólares. Y que, generalmente, sus padres los enviaban de vacaciones a cualquier parte del mundo, al terminar lo que aquí llamamos la secundaria. Creo que nos tienen pena. Por eso, seguramente, acogen en su país a los políticos peruanos que son perseguidos. Ya irás comprendiendo esa desigualdad que hay en el mundo.

El día pasó rápido y hay tantas cosas que contarte. Pero ya será a mi vuelta. Sólo añado que en la parte peruana la gente está yendo de aquí para allá, en plena efervescencia política. Mientras aquí, en Copacabana, hablan con cierta esperanza de un aymara, cuyo rostro se parece mucho a un poblador cualquiera de Puno; se llama Evo Morales. Creen que él los sacará del atraso en que se encuentran. Así me comentaba el chofer de una combi que me llevó de vuelta a la parte peruana. Pero no todos los bolivianos piensan igual: los que están en el norte de Bolivia, especialmente los habitantes del altiplano, hablan que si hasta mediados de diciembre no ocurren cambios fundamentales, se levantarán en multitudes y, como siempre, en masivas movilizaciones destituirán al Parlamento (a sus congresistas) y a su mismo presidente.

He procurado relatarte lo más importante que vi y escuché en mi efímero tránsito por Copacabana, en un lenguaje propio de tu edad, a fin de que me pudieses entender. Esto mismo pude haberles relatado, por ejemplo, a mis amigos e historiadores Lucho Guzmán o Vladimiro Thatar, pero a ellos tendría que haberles hablado de otra manera,

intercambiando opiniones en la búsqueda de una cabal interpretación de estos hechos que marcan la historia de nuestra sociedad.

Un abrazo y un beso.

Cariñosamente,

Alcides.